

ESCRITO A LÁPIZ
Microgramas (1924-1925)

Por lo general, antes de ponerme a escribir,
me enfundo primero una bata de prosas breves

Y no saber siquiera cuántos
habitantes tiene esta ciudad

Y no saber siquiera cuántos habitantes tiene esta ciudad, que yace tan serena, tan grande en un paisaje de colinas atravesado por un río que cae deslizándose desde lo alto de las montañas, que se extiende buscando refugio en la calma. Esta ciudad se llama como el cantón del que es capital, y este cantón es el más grande, o el segundo más grande, de nuestro país, por lo que es nuestro deber añadir lo siguiente: nuestra capital del cantón se presenta a la vez también como capital general o capital del país, sublime y trascendental, y no son pocos mis compatriotas –acaso incluso muchos– que no dudan en considerarla la más hermosa de nuestras ciudades, la más impresionante en cierto modo. En las calles y las plazas de esta nuestra gran ciudad, como a ella le gusta sin duda que la llamen, se encuentra uno con gente del resto de los cantones, y cada cual habla la particular lengua de su tierra natal. Y es que nuestro país, como es bien sabido, cuenta principalmente con tres lenguas: el alemán, el francés y el italiano. No hay que pasar por alto, en una descripción como la nuestra, que éste es el lugar en que, por así decirlo, establecen su sede las legaciones extranjeras, lo que contribuye sin duda a la animación y al

refinamiento de la ciudad. Mi humilde persona se vino aquí hará unos cuatro años, cuando me asignaron un modesto cargo que me permitía u obligaba a dar algún que otro paseo o, mejor dicho, a hacer o despachar recados para una dama, pasando, por ejemplo, a toda prisa por todas las torres que, se diría que por suerte, tenemos aquí, algunas de las cuales son muy altas e interesantes. Una de estas torres que se remontan a épocas pasadas se llama Käfturm [torre de la prisión] y es un edificio imponente; la otra lleva el nombre de Zeitglockenturm [torre del reloj] y está adornada con un mecanismo lleno de figuritas ante el que todos los días, a las doce del mediodía, se reúne la gente para contemplar llena de asombro su delicadeza. Naturalmente, entre esa gente hay siempre, por lo menos en verano y en época de vacaciones, cierto número de extranjeros, habida cuenta de que, en no poca medida, podemos considerar que la nuestra es o está considerada una ciudad turística. Si supierais lo hermosa que es desde ciertos miradores, la amaríais. Una dama con la que estuve conversando una tarde no sin gran placer en uno de nuestros cafés me dio su opinión sobre la ciudad de la que estoy hablando y me dijo que la consideraba una ciudad estival. Lo cierto es que aquí, en verano, hace relativamente buen tiempo, es decir, siempre un poco de fresco, pues la proximidad de los Alpes, que están cubiertos de nieves perpetuas, se nota en la estación cálida que es una delicia, y puede que esta proximidad, tan singular, ejerza también alguna influencia en sus habitantes, una influencia que acaso les proporciona cierto vigor y alegría, y es posible que ejerza alguna otra influencia, ya que la visión de las montañas no deja de ser una advertencia y, por lo tanto, no deja tampoco de inspirarnos un respeto del que uno no hace mucho caso, pues, por lo general, eso de hacer aspavientos ni es propio de nuestro carácter ni va con nosotros. A fe que hay muchas ciudades y que cada cual tiene su encanto. Pero aquí, al fin y al cabo, tenemos el Parlamento Federal, que alberga entre sus muros la administración y el gobierno de nuestro país, un edificio en el que por cierto no he estado nunca; aun-

que ¿qué estoy diciendo faltando a la verdad? Pero si un día asistí como mudo visitante a una sesión de la Asamblea Federal. Qué fácil es decir algo que no se ajusta a la realidad. Menos mal que uno puede corregirse después. No sin motivo puede decirse que la nuestra es una ciudad de funcionarios, porque está claro que aquí viven todos esos ayudantes que precisa la administración de un país y que son tan necesarios como los comerciantes y los labradores o agricultores. ¿Debería dejar para el final el hecho de que tenemos también una universidad, por supuesto no muy antigua, que se yergue oportunamente sobre una antigua fortificación? Uno de los parques que, por así decirlo, festonean la ciudad se llama Röseligarten¹, y pasear por él es un verdadero lujo. En ocasiones, este Röseligarten hace las veces de zona de recreo. Por lo que a nuestra vida teatral se refiere, el antiguo teatro, que fue construido en el siglo XVIII, cerró sus puertas porque no acababa de cumplir con las expectativas generales. No muy lejos del antiguo edificio, se yergue el nuevo Teatro Nacional, que desgraciadamente tampoco se llena nunca, aunque lo cierto es que en él se pueden ver obras muy entretenidas, en ocasiones incluso excelentes. Tampoco yo soy, debo confesarlo, un espectador demasiado asiduo, ya que a duras penas me decido a visitar tres funciones por temporada, a lo sumo cuatro. En cambio, sí leo un montón de libros y libritos, y estoy convencido de que se trata de una ocupación sumamente inteligente. Como pretendiendo ofrecer una imagen fiel de la situación de nuestra ciudad, es para mí un placer mostrarles que se extiende sobre una colina que se halla, en cierto modo, abrazada por el río, como si la ciudad y su colina fueran la bella, dulce y delicada esposa del río, él siempre tan atento, imagen que, no me cuesta admitirlo, puede sonar demasiado empalagosa. El casco antiguo de la ciudad, de calles muy estrechas, se parece en su forma y en su estrechez a un gran edificio con muchas viviendas, en el que

¹ Walser juega aquí con el nombre del parque, Rosengarten, y con el título de una célebre antología de canciones populares, Im Röseligarte, recogidas por Otto von Greyerz en 1908. (N. del T.)

la vida doméstica y la vida social se comunican entre sí a través de unos pasillos o soportales, un poco a la italiana. En medio de esta aglomeración de casas se eleva hoy un edificio alto e imponente, la iglesia, a la que, si apetece, se puede subir pagando una pequeña suma de dinero, hasta alcanzar el lugar en el que entregarse al placer y al valor educativo de la vista panorámica más amplia que quepa imaginar. Se me permitirá que hable también de la fundación de nuestra ciudad. Tuvo lugar en una época en que nuestro país existía como una entidad terrestre, geográfica, espacial, sí, pero no como una entidad política, en una época en que había condes y marqueses, príncipes y duques, y fue un duque de Zähringen quien dio la orden de poner la primera piedra de la ciudad, que a lo largo de los años iría creciendo de modo considerable. El monumento erigido en memoria de este fundador se encuentra en una plaza notable, con un castaño, sumamente agradable desde un punto de vista arquitectónico. Estamos en invierno, y el castaño del que acabo de hablar no tiene ya ninguna hoja, pero tan pronto como llegue la primavera volverán a crecerle otras, del mismo modo que la primavera puede hacer que vuelvan a brotar en las almas muchas de las cosas que se daban por solucionadas. Para seguir con los monumentos, citaremos también la estatua ecuestre del conde Rudolf von Erlach, que se yergue en la plaza de la Catedral, y que todos los años es engalanada con una corona para conmemorar las hazañas de este hombre, cosa que no ocurre sin una alegre fiesta. Las fiestas y esas cosas hallan en nuestra ciudad, que tanto se parece a un cuadro, un marco incomparable. El segundo monumento en importancia representa a Adrian von Bubenberg, se trata de una estatua muy guerrera, imperiosa. El hombre de la armadura está ahí con la mano tendida, sin más, y sin embargo parece casi un héroe. En tiempos difíciles para nuestro país, él fue el defensor más aguerrido y resuelto, y tengo para mí que siempre, incluso en tiempos de paz como los actuales, interesa recordarlo, pues siempre hay algo que nos gusta y queremos y apreciamos, algo que difícilmente –o a ningún precio– podemos

permitir que nos quiten, algo en lo que nos apoyamos y que a su vez querría apoyarse en nosotros y que hay que defender una y otra vez, y ruego que se comprenda que esto que digo no es ninguna estupidez. Nunca, nunca jamás deben los países o los hombres que buscan la paz menospreciarse unos a otros, sino sentir la necesidad y el deseo y en cierto modo también la obligación de respetarse.

Duermo a pierna suelta

Duermo a pierna suelta. Creo poder decir que durmiendo soy una auténtica marmota. Por lo demás, me parece conmovedor que a una tal Judith se le antojara, no ha mucho tiempo, declarar lo siguiente: «El tipo besa que es una delicia». Dedujo esta certeza de los libros que he ido publicando hasta la fecha, libros que su alma buena frecuentaba y de cuyo contenido se empapaba en sus horas muertas para distraerse lo increíble. Que yo siempre había sido un buen ciudadano, le decía en voz baja, con una ternura indescriptible, a la gente, la cual no alcanzaba a comprender la dimensión de estas amables palabras, ni se atrevía a desmentir rotundamente la afirmación y su supuesta trascendencia, ni tampoco a grabarla en los rincones de su conciencia como algo que está fuera de toda duda. Era ella de una belleza brillante, pardusca, que se esfuerza o esforzaba siempre en darme calabazas, quiero decir en lavar mi imagen ante mis conciudadanos, por no decir que la peinaba. Servidor puede casi sumir a la gente en un profundo sueño, tanto les fatiga el relato de mis cientos de alegrías, con las que espero, grosero como soy, haber causado más de un disgusto a las mujeres de aquí, que son más pálidas y mejores. Oh, cuánto esfuerzo inútil por iniciar relaciones y volver a romperlas al instante, con gallardía, contiene esta suposición. A mí tanto me gusta llegar como marcharme, tanto llenar hasta el tope las maletas y demás como deshacerlas con decoro y suma prudencia. ¿A quién me estoy dirigiendo? ¿Sólo a un público íntegro?

Y qué otra cosa voy a contar, si no un paseo realizado con toda la felicidad del mundo en el que abundaban las preguntas como: «¿Acaso le importaría decirme luego, así, rapidito, qué camino debo tomar?». Y es que es completamente cierto, es decir, total, rigurosa y absolutamente cierto que iba yo abatido por el agujero negro y enorme de la noche de nuestro querido universo, tranquilo, maravillosamente secreto, y que de vez en cuando me salían unas arengas que, desde el estrado del camino rural, dirigía a la mismísima cara de la naturaleza cósmica. «Oh, hay que ver cómo roncas, querido amigo, al lado de esa mujer insuperable, aunque puede que tú no te enteres y lo hagas sin mala intención», dije entre otras cosas, refiriéndome a un compañero de trabajo, a un hombre infatigable, distinguido, que se pasa el día dando vueltas a sus problemas y que no acababa de comprender por qué había desaparecido yo de manera tan extraña en una fonda para poder acostarme como es debido. La cosa me costó en sueños una puñalada, pues me desperté sobresaltado de lo más profundo de mi pesadilla, lanzando un enorme suspiro, después de lo cual me incorporé de un salto y exclamé: «Como vuelva a ocurrir...». El dramatismo de mi actuación no fue más allá. Ay, con qué dificultad me arrastré por la mañana, con el estómago vacío, hasta las delicias de un banquete de miel y mermelada de zarzamora, para, disfrutando del festín, trabar enseguida amistad con la chica para todo, una muchacha graciosísima que llevaba unas trenzas que eran un encanto, hasta que me agitó la fiesta un auténtico paleta, un tipo que se acercó dando zancadas y me puso un espejo delante del rostro para que viera mi cara de faldero, lo cual, como se comprenderá, a mí me tiene sin cuidado. No sin pensar que estaría bien pagar antes el cubierto, me marché con viento fresco, con fuerzas y la panza llena, y llegué, después de salvar una montaña achaparrada, al pueblo de Villmergen, donde antiguamente, aunque a mí me pese, combatieron entre sí los cristianos, que quizás habrían hecho mejor si, en lugar de enfrentarse, hubieran tratado de entenderse y de convivir sin demasiadas hostilidades. ¿Si se dan todavía hoy disputas

religiosas con armas blancas de por medio? No lo creo. La humanidad se ha tornado muy sensata. Y más allá, después de pasar junto a ese castillo con cisnes que nadan en las aguas del foso, unas aguas que reflejan la torre del castillo, está Hallwil. Ay, si hubieran visto cómo almorcé en Baden una cabeza de ternera con patatas asadas y oído cómo una camarera, en Bremgarten, me decía: «Vaya, vaya. ¿Así que quiere marcharse?». En mi querida Zúrich, fui inteligente y aguardé frente a las puertas de más de un parque. Soy un experto en toda clase de exquisiteces, con ellas me desenvuelvo a la perfección. Aunque ustedes no se lo crean. Con el fin de comprender todo cuanto es comprensible, siempre que es necesario llevo conmigo la comprensión más pesada y a la vez ligera e inmensa, y aún tuve tiempo de darme una vuelta por Zug. A la pequeña ciudad se le humedecieron los ojos cuando al fin –al fin– pudo verme, y puede que mienta un poquito si digo que me estrechó entre sus viejos y fríos, aunque en cierto modo también cálidos, brazos, el suyo fue un abrazo medieval. Entonces metí una perra chica por la oportuna ranura de una hucha que recaudaba fondos en beneficio de los pobres. Un frailecito tallado en madera llevaba en brazos a un niño pequeño. El hermanito estaba detrás de una rejita muy linda, y por la rejita estuve mirando con gran atención y carita de pícaro durante mucho, mucho tiempo. El lago de Zug se extendía como un manto de seda plateado ante unos ojos, los míos, que han visto, contemplado y asimilado muchas cosas, unos ojos siempre alerta y que se iluminan a todas horas. Comiéndome un salchichón que había comprado en una charcutería, saciado el apetito, presenté mis respetos al lago. Un hombre de pelo cano me mostró el lugar en que hace tiempo se anegaron algunas viviendas, mobiliario incluido, para no resurgir nunca más. Se visitó el ayuntamiento, y diez minutos más tarde, en un restaurante, alguien, o sea yo, se arrimó cariñosamente a una mujer que, vestida de verde, estaba sentada en una silla. Su esposo dijo que no quería presenciárselo y se retiró a la cocina; alguien irrumpió en la habitación revestida de madera y exclamó: «Va usted progresando, es

admirable». «Estará refiriéndose a mí», pensé. Me sentí terriblemente halagado. «Fritz, pórtate bien o te echo a la calle», gritó la voz de una criada. «No es posible que se refiera a mí; sería muy descarado», me pasó por la cabeza. Comparó el cabello de la mujer, que tenía una cabeza griega, con la potabilidad –por no decir con el buqué– del vino, amén de con las nubes rojas y brillantes que había en el cielo, y luego dijo: «Dicen que Lisboa es extraordinariamente bella. Me lo acaba de contar un caballero, y yo lo repito ahora». «Esta velada», añadí yo, «me recuerda a una de esas veladas que he vivido como en trance. Me lo acaba de contar un caballero, y ahora lo repito yo. Uno vive en sus carnes el contenido de las palabras que ha oído, ¿no cree usted?». Después de contemplar embobado una estufa, acariciar un perro, tutear a una camarera, escribir un poema, abandonar una idea y arrimarme a otra, me senté en un tren expreso que partió traqueteando conmigo y con todas las cosas con razón de ser agitándose en mi fuero interno y todas las nobles obligaciones que aún no había cumplido hiriéndome como un rayo. Está claro que no partió sólo conmigo, sino con todos los pasajeros. Los campos bailaban como una promesa incierta. Me permitirán, y es para mí un placer, subrayar que viajaba en segunda clase. El tren avanzaba como si tirase de él una cuerda, haciendo gala de una pericia que contagió a lo más profundo de mi agitado ser. Pensé en esto y en aquello; pensé, por ejemplo, en los pecados. Aunque dar cuenta aquí causaría muy mal efecto. A propósito: confesar las cosas más diversas en un mullido asiento –también vale, hasta cierto punto, un sillón– es un verdadero desahogo. Las sombras se cernían sobre mi rostro de viajero que miraba con ojos altivos. Ay, si hubieran visto el aspecto de un servidor: parecía a la vez un sinvergüenza y un hombre profundamente resignado. Quien se prodiga mucho o poco se pone sin quererlo una especie de máscara de mármol, como si no permitiera que nadie, ni siquiera él mismo, pudiera penetrarlo. Así que, sentado en el tren, podía oír cantar a mi propio ser. A última hora me tomé una buena sopa. ¿Y ahora? Ahora pongo todo eso por escrito. No me van a temblar las

manos. Tengo el espíritu tranquilo y elevado. Y ahora resulta que la gente lee esto. Gente que no he visto nunca nunca nunca y que vive aquí o allá presta ahora atención a estas líneas que sin duda merecen ser leídas y que a mí me reportan unos emolumentos que me dejo en el cabaret. No hace mucho estaba yo con Maximilian Harden y Walther Rathenau en el zoo de Berlín, y recuerdo con pelos y señales, pese a mi mala memoria, que en el fondo es una memoria excelente, que estuvimos hablando del Simplizissimus. Es curioso que de eso haga poco tiempo. Una noche hice una broma de mal gusto sobre Holitscher. La mujer de Paul Cassirer consideró que era feo por mi parte. En el fondo, claro está, tampoco a mí me pareció bonito. Deberíamos burlarnos siempre sólo de nosotros, nunca de los demás. ¿Por qué le toleramos tan poco al resto de la gente? ¡Oh vida llena de flaquezas, pobre y rica, finita e infinita! Otro gallo cantaría si, pese a causar un disgusto, ofreciéramos siempre nuestra mano al disgustado.

Wer erstarkt und zugleich erweicht,
wessen Seele ihr Erwachen erreicht,
dem wird die schwierigste Erfüllung kinderleicht.

Para quien se fortalece y debilita a la vez,
para aquel cuya alma alcanza el despertar,
la tarea más difícil es coser y cantar.

Pues en eso consiste precisamente el arte: en convertir la necesidad en una ventaja. ¡Transformación, cuántas posibilidades albergas!

Escalope a la milanese

Ayer, mientras corría por el campo, disfrutaba a la vez del sueño. Se puede ser muy rápido y a la vez tener tiempo para dormir tranquilamente. Entre otras cosas, di con un rebaño